



# TODAS LAS ESPERANZAS

Juan Carlos García Domene  
Director del Instituto Teológico San Fulgencio de Murcia y director de la BAC



*Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los que no tienen esperanza (1 Tes 4, 3)*

No nos dejemos engañar, no sigamos en la ignorancia, no mantengamos la aflicción. Verdaderamente la madre de todas las esperanzas es esperar después de esta vida, esperar más allá de la muerte, aspirar a la vida perdurable, creer en la vida eterna, esperar la resurrección de la carne y permanecer para siempre en el gozo indescriptible de la plenitud del Reinado de Dios. Así dicho y así profesado resulta bella y hermosa esta esperanza “grande y total” porque es el quicio de toda fe y la razón última de cualquier amor.

Los creyentes, a lo largo de esta vida, batallamos de mil maneras para no perder la esperanza, para no caer en el pesimismo, por mantener la ilusión, para vislumbrar razones y motivos que nos permitan remontar una y otra vez. Mas la sombra alargada de la muerte y las consecuencias funestas del pecado tocan en el sistema central de la historia y de la sociedad, tocan el corazón y tocan las entretelas del alma humana. Es necesario **convivir con la gran pregunta sobre el gran misterio**, es preciso vivir anhelando alguna razón o motivo para seguir esperando. Quizá la forma elemental de esperanza sea formular preguntas.

Para muchas personas la solución fácil es ignorar la muerte, eludir el sufrimiento ajeno y cerrar los ojos al misterio o al menos a la pregunta por la esperanza última. Todo reside ahí: ¿por qué esperar un mañana? ¿por qué anhelar un más allá?

Solo algunos por fe, por amor o por esperanza cierta han elegido otro itinerario -a veces heroico- un camino que puede ejercitarse desde la infancia y sobre todo desde la juventud: aprender a esperar, caminar "con sed", peregrinar "con hambre bajo el sol" y entretanto propiciar sueños altos, hacerse preguntas, amar la vida y entregarse apasionadamente, resistir en las pruebas, combatiendo todo sufrimiento evitable, acogiendo el sufrimiento inevitable y descubriendo la sabiduría escondida que el dolor trae consigo. En definitiva, algunos apuestan por el camino de esperar y apresurar adelantando el Reino de Dios con todas las esperanzas que alberga.

## UNA VIRTUD *TEOLOGAL*

Reto al lector a que se detenga en las acepciones de la palabra esperanza que aparecen en el **Diccionario de la RAE**, sobre todo cuando se califica a la esperanza de "estado de ánimo" y se asocia esa actitud a lo "alcanzable". Sin embargo, en la tercera acepción, el diccionario afirma así: *[esperanza] en el cristianismo, virtud teologal por la que se espera que Dios otorgue los bienes que ha prometido*. Prefiero pensar en la esperanza más como una virtud (lo propio del hombre virtuoso) que definirla como un mero estado psicológico o de ánimo. Además, una virtud teologal es aquella regalada e infundida por Dios, virtud que nos orienta hacia Él y nos sitúa en medio de la historia testimoniando un compromiso creíble al servicio de todos. La esperanza, por tanto, tiene que ver con una promesa.

De un modo más preciso la define el **Catecismo de la Iglesia Católica**: *[Esperanza] virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo (1817)*. Además, en el número siguiente establece una precisa relación entre las otras esperanzas y esta esperanza cristiana integral: *La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que*





*inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad (1818).*

Esta esmerada definición de la esperanza engloba muchos matices: lo eterno y lo cotidiano, el anhelo universal de felicidad, las pequeñas esperanzas de todos los hombres y de todos los días, la necesidad de superar el desfallecer y el desaliento propio del oficio de vivir. En el horizonte de la gracia, la esperanza tiene un brillo particular, íntimo y personal, que luego hará brotar la luz de la fe y el caudal del amor.

## LA FELICIDAD

Trae cuenta desgranar esta relación entre lo que aquí llamaremos esperanzas intrahistóricas, humanas y legítimas, y la gran esperanza de la eternidad en el Reino de Dios. Tomaremos como eje axial el camino de las bienaventuranzas reconociéndolas como sendas de esperanza, *camino real* para el cielo, sin olvidar nunca que al cielo solo se llega por la tierra. Las bienaventuranzas son *vereda angosta* formada por los pasos de tantos y tantos: palabra, autoridad, consuelo, lucha, amor, presencia y cercanía, belleza verdadera, anuncio, kerygma y martirio. Las bienaventuranzas son promesa, son llamada, son elección y son gracia.

De esta manera, **la pobreza es senda de esperanza** porque Jesús entrega a los pobres el Reino de Dios, les otorga una

ciudadanía nueva, de pleno derecho, aun sabiendo que este Reino que ya está entre nosotros, aún no se ha manifestado del todo. En la humildad de corazón, en las condiciones precarias, en la verdad desnuda de la pobreza real la esperanza se nutre de una Palabra de Vida.

**La esperanza de heredar la tierra** se comunica a los sencillos, a los mansos, a los que no eligen la violencia; la autoridad del Maestro avala y llena de sentido esta esperanza de felicidad terrena e histórica. Heredar la tierra es sinónimo de paz fraterna en comunión con la creación.

¿Cómo ver el horizonte en medio de un valle de lágrimas? Los ojos del corazón y los ojos de la historia acogen esta Palabra que se hace consuelo en la sola presencia de Jesús, en el conocimiento interno de su persona, en las señales que Él ha hecho patente con los signos del Reino. Dijo el poeta de Orihuela: *Y sin calor de nadie y sin consuelo voy de mi corazón a mis asuntos. Jesús es el consuelo de Dios a todos los que sufren.* Como expresaba el místico: *Con sola su presencia, vestidos los dejó de su hermosura.*

**La esperanza sacia el hambre y la sed de justicia.** Aquí la felicidad se hace promesa y esta promesa de hartura aplaca la necesidad. Toda lucha histórica, humana, razonable y valiente, encuentra en esta bienaventuranza una senda de sentido y plenitud. También las víctimas de la historia, los que han caído en los caminos de la justicia, reclaman esa hartura final que las llene de sentido y de justicia vivificadora. Solo la luz perpetua de la Resurrección de Cristo puede aclarar el misterio del silencio de tantas víctimas; solo la victoria del Viviente les otorgará sentido.

**...las bienaventuranzas, reconociéndolas como sendas de esperanza, camino real para el cielo, sin olvidar nunca que al cielo solo se llega por la tierra.**



### **La práctica de la misericordia y el ejercicio del amor son fuente de felicidad perenne.**

Así lo ha enseñado la Iglesia desde sus orígenes, porque una comunidad que no evangelizara va camino de la muerte, un cristianismo sin unción y sin vida en el Espíritu no alcanzará las promesas, pero sobre todo una fe sin obras será **un címbalo que retiñe** (cf. 1 Cor 15). La misericordia, la caridad y el compromiso fiel con los últimos es oxígeno de eternidad. Decía el filósofo Gabriel Marcel en una célebre frase: **Yo te amo, tú no morirás.**

La belleza y la limpieza del corazón son transparencia del Dios vivo. Recordemos aquello que decía el salmista: *Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa esperanzada* (Sal 16, 8-9). **Ese corazón puro y feliz está henchido de esperanza.**

La filiación divina se desvela cuando construimos la paz, pues la filiación se expresa plenamente en la fraternidad universal. Por eso podemos afirmar que **la paz, y el camino hacia la paz, son rostro y nombre de la esperanza** en medio de este mundo violento y amenazado de guerras y destrucción. *Dichosos los pies del mensajero que anuncia la paz* (cf. Is 52, 7-8).

Pero aún hay un camino mejor, camino de excelencia, de santidad y de esperanza cierta: acoger el insulto, la calumnia y la persecución por la causa de Jesús. Todas las paradojas que encierran las bienaventuranzas se concentran en este colofón. Si te identificas con la causa de Jesús, no te faltará nunca la esperanza, a pesar de la insidia, la burla, el insulto y el rechazo, aun en el clímax del martirio cruento. Te sostendrá la fuerza del Espíritu. Leer las actas de los mártires espanta y a la vez atrae, fascina y asusta, unge el corazón tibio y trastorna la razón absolutizada. Felicidad y esperanza, la muerte del justo por la causa de Jesús, es el mayor testimonio de una esperanza cierta.

## **ENCARNACIÓN Y ELEVACIÓN**

Muchos estudiosos afirman que el artículo más citado del Concilio Vaticano II es el n. 22 de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*. Toda la Constitución, y quizá todo el Concilio, parecería concentrarse en estas palabras: *En Él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado.*

Esta identificación del Verbo con la carne incluye todas las esperanzas, como había afirmado la Constitución en su n. 1 y marca a la Iglesia en su estilo de presencia en el mundo porque *nada verdaderamente humano es ajeno a los discípulos de Cristo*. La Palabra que habita entre nosotros se identifica con las pequeñas esperanzas que vertebran el existir genuinamente humano, desde la infancia hasta la ancianidad. Repasemos algunas de ellas y unamos nuestra mente y nuestro espíritu a todos los hombres y a todo el hombre, al Plenamente Hombre y Plenamente Dios.

Es esperanza la necesidad de **una vivienda asequible** y digna para un matrimonio, **un trabajo digno**, decente y estable, con el que salir adelante. Es esperanza recobrar la salud y también es esperanza **encontrar oportunidades para no verte obligado a dejar tu tierra**, tu parentela y tu cultura. Es esperanza legítima ansiar la paz, la libertad, los derechos y la dignidad.

Es esperanza, pequeña y muy humana, **el llanto de un bebé** que reclama alimento, ternura y compañía o que grita para que desaparezca una molestia o una



***La Palabra que habita  
entre nosotros se identifica  
con las pequeñas  
esperanzas que vertebran  
el existir genuinamente  
humano, desde la infancia  
hasta la ancianidad.***

enfermedad. En ese bebé -en ese llanto- están ya inscritas todas las esperanzas por recobrar la salud de todos los enfermos de cualquier enfermedad y condición. Aquí la esperanza es llamada de atención: estoy aquí y os necesito. **Soy, aunque no sea muy consciente de serlo.**

También **el grito adolescente** reclama una esperanza mejor y mayor, aun sin saberlo; debajo de aquel portazo, de aquel desplante, de aquel silencio y aquel hermetismo, detrás del "déjame en paz" hay una invocación profunda, un reclamo de ayuda para comprender mejor las transformaciones que está viviendo un cuerpo que se desarrolla velozmente, una mente que ha descubierto la identidad interior y las relaciones sociales más allá de la constelación familiar. En este grito quizá se esté reclamando una vía de salida para la cárcel del presente, la tiranía del yo y la soledad radical recién descubiertas. A veces la esperanza sólo se puede expresar bajo formas de rebeldía: estoy solo, perdido, no sé cómo gobernar tanta fuerza. Las preguntas existenciales reclaman esperanza y sentido: **¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?**

En el arco evolutivo, poco a poco, **la esperanza se torna amistad, grupo, encuentro único, íntimo y personalísimo, proyecto de vida y quizá vocación personal.** En el verdadero sentido del estudio y en el sentido del trabajo, en el afán de saber, en la noble búsqueda de la verdad y la belleza están incoados todos los **procesos de esperanza que serán acogidos por el Verbo encarnado, elevados y plenificados en su Pascua y completados en su Parusía.**

Así, la atracción natural en **el primer amor adolescente** se desvelará como una esperanza quizá poco consciente, pero rebosante. Esa esperanza, humana y verdaderamente trascendente por primera vez, en el amor descubierto, acogido y entregado es cuando surgirá la pregunta más significativa y comprometida de la vida: **¿De quién y para quién soy?** En los años de formación la persona debería encauzar esta cuestión esencial. Porque la vida solo tiene sentido cuando se vive para servir a los demás, la esperanza tendrá que abrir

caminos de dicha y de entrega, de canto y de compromiso, de amor y de servicio, como el viejo monje que sabe que todo se esclarece cuando su vida se concentra en el *ora et labora*.

Y hallada la **esperanza íntima** de haber encontrado el lugar en el mundo, en la historia y en la Iglesia, después de encontrar ya cuajada la vocación y haber descubierto el sentido genuino de la existencia, después de sentir la interioridad habitada por la intimidad con Dios, entonces sólo queda **vivir esta vida horadada por instantes de eternidad** que anticipan aquello que esperamos definitivamente.

Esta es la meta y este es también el camino: aprender a vivir, aprender a amar, a creer y a esperar. **La mano que nos creó es también la mano que nos sostiene y la mano que nos llama y nos espera por toda la eternidad.** ○

